

Adenauer, un gran estadista

Con motivo de su 80º cumpleaños

Cuando el 5 de enero celebró el mundo solemnemente los ochenta años de Konrad Adenauer con discursos y artículos, con telegramas de felicitación y homenajes, para muchos, quizá para la mayoría de los alemanes, se mezcla a la gratitud y al gozo la angustiosa pregunta: "¿Qué será de nosotros si un día el gran viejo abandona el puente de mando de la nave de nuestro Estado?" Parece casi inoportuno plantear la pregunta en este día y, sin embargo, nada demuestra más claramente la grandeza y la significación de Konrad Adenauer que el doloroso presentimiento del enorme vacío que su falta dejará un día en la historia de nuestro pueblo y aun en la historia de Europa y de todo el mundo occidental.

Desde este ángulo los votos naturales que en un cumpleaños se hacen por la salud, por una larga vida y por la íntegra capacidad de trabajo del Canciller se hacen verdaderamente apremiantes y al cumplir sus ochenta años, el hombre que siempre eludió la fácil popularidad puede ver un premio a su duro trabajo y un consuelo para la mucha ingratitud al sentir que la inmensa mayoría de su pueblo le considera todavía hoy indispensable.

Cierto es que este consuelo no vale para el estadista que mira más allá de sí mismo y que comparte las preocupaciones de su pueblo por el futuro. Por varias manifestaciones del Canciller se sabe cómo le agobia esa preocupación y precisamente por eso parece más importante que en un día como éste, en lugar de referir hechos y éxitos de una vida tan rica en hechos y en éxitos, se muestren las fuerzas fundamentales que formaron al hombre y al estadista Adenauer y a las cuales se siente él mismo obligado en su fuero interno.

La casa paterna fué decisiva

Hay que empezar con la casa paterna porque constantemente en las conversaciones particulares de Adenauer se le oye decir: "Las impresiones que el joven recibe en la casa paterna son decisivas para toda una vida". La casa en que se crió el joven Konrad Adenauer estaba penetrada de pia-

doso espíritu cristiano. Esta piedad no se reducía a las visitas al templo y a la práctica de la oración sino que se basaba más bien en la idea de un orden divino que el hombre tiene que realizar en todas las esferas de su vida, en su interior, en la familia, en la profesión y, por último, en la vida pública.

Aquí el padre, el consejero de Cancillería Adenauer, fué un ejemplo vivo todavía hoy venerado por el Canciller: un hombre que cumplía sus deberes como padre de familia y como modesto funcionario de Justicia con profundo celo religioso y enseñaba a sus hijos a hacer lo mismo. Para él todas las situaciones de la vida eran una tarea impuesta por Dios que el hombre tenía que cumplir poniendo en ello todas sus fuerzas, y el alumno que descuidaba sus deberes pecaba del mismo modo contra el orden divino que el funcionario indolente o el padre de familia desleal. Otra consecuencia de este criterio era que sólo el que es fiel en lo pequeño puede esperar resolver en armonía con el orden divino del mundo las grandes tareas que se le presenten.

Estas fueron las primeras impresiones que recibió Konrad Adenauer, y sin exageración puede decirse que los ochenta años de vida del Canciller no han hecho en el fondo más que desarrollar, incluso en la esfera política, ese germen depositado en la casa paterna. Sólo así se comprende la dureza y la desconsideración con que ha procedido y con que procede todavía frente a sí mismo y frente a sus colaboradores cuando se trata de resolver la tarea impuesta.

Política basada en el ethos cristiano

Aquí hay que hacer desde luego una esencial salvedad para que no asome la contrafigura de un "Stachanov" cristiano. Jamás ha incurrido Konrad Adenauer en el error de hacer de su trabajo un ídolo; siempre se ha dado cuenta de la relatividad de todos los fines terrenales. Hay una conversación característica de su mentalidad y es la sostenida con un sacerdote que pedía al Canciller dinero para la reconstrucción de su Iglesia. "Déjenos construir primero casas" —le respondió Adenauer— "porque para un hombre que tiene que vegetar en los alojamientos en masa de la miseria es sumamente difícil llevar una vida cristiana".

En esta frase se encierra la idea de Adenauer del sentido que ha de tener una labor política. La tarea del estadista cristiano es la de crear las condiciones materiales para la vida cristiana de cada uno y, a ser posible, de todo el pueblo. Con esta limitación se reprueba al mismo tiempo a aquellos que proclaman el trabajo y la vida para el Estado o la lucha para un nuevo orden social como el último y el supremo fin de la existencia del hombre. En el pensamiento cristiano, la política no tiene más que una función servidora. En esta autolimitación está también íntimamente fundado el contraste que separa hoy la concepción política del mundo occidental del endiosamiento de un ideal social en el Este.

Esta concepción de Adenauer no le ha impedido, sin embargo, abogar siempre y en todas partes por una "aplicación de los principios cristianos a la vida pública". Ya en 1922 el joven burgomaestre de Colonia, Adenauer, pidió en nombre de esta finalidad en el Congreso Católico de Munich que

fuesen juntos protestantes y católicos, y tampoco se cansó nunca de exigir luego del Estado una educación cristiana de la juventud, para que "el joven aprenda a conducirse con sentido de responsabilidad ante Dios".

Había de pasar casi una generación hasta que Adenauer recibiese los poderes para llevar la política de su pueblo con este espíritu desde un puesto de la más alta responsabilidad. Antes tuvieron que consumirse en las llamas de una espantosa derrota los ídolos de la vesania de poder antes de que el pueblo alemán estuviese maduro para soluciones políticas de espíritu cristiano. Para el mismo Adenauer, los doce años del sistema de Hitler supusieron la destitución de todos los cargos, la completa eliminación de la vida política, humillaciones, persecuciones y, por último, el campo de concentración.

Pero tampoco su vuelta a la política y a la vida pública después de 1945 fué ni mucho menos un triunfo. Repuesto por los norteamericanos en sus antiguos derechos de burgomaestre de Colonia después del derrumbamiento, fué destituido medio año después por las autoridades de ocupación inglesas por supuesta "incapacidad política". Esto le ocurrió poco antes de cumplir los setenta años, pero la dignidad con que aceptó este golpe da una ejemplar significación a su vida personal en este punto.

Adenauer no se resignó lo cual, a juzgar por su edad, hubiese sido comprensible y siguió trabajando y fué cofundador y pronto reconocido como jefe de la Unión cristiano-demócrata a la que correspondió principalmente la misión de reconstruir un nuevo Estado sobre las ruinas del derrumbamiento. "No hay que dudar nunca de sí mismo" ha dicho después el Canciller, explicando su actitud de entonces. Para él el hecho sólo de la vida significó siempre una oportunidad que Dios brindaba.

No puede aquí enumerarse siquiera la abrumadora carga de tareas que a los setenta y dos años echó Adenauer como Canciller Federal sobre sus hombros. Pero no es difícil probar que en todas las grandes decisiones cruciales que hasta ahora ha tomado el Canciller Federal alemán en los dos períodos de su cargo, fué la fundamental actitud cristiana del hombre Adenauer la que determinó la acción del estadista.

Su mayor mérito: la rehabilitación de Alemania

Esto se aplica ante todo a la primera gran misión que el jefe de la política exterior alemana tuvo que cumplir después del derrumbamiento: la liquidación del odio y del desprecio que el régimen de Hitler había echado a los ojos de todo el mundo sobre la cabeza del pueblo alemán. Nunca ha intentado Adenauer negar esa culpa o bagatelizarla y el tratado con el Estado de Israel en el que la República Federal de Alemania se mostró voluntariamente dispuesta, sin compromiso jurídico, a una parcial reparación de la injusticia cometida con los judíos, demuestra más elocuentemente que cualquier confesión a flor de labio la conversión interior.

Tampoco se prestó Adenauer para aprobar la actitud que en un principio adoptaron las potencias vencedoras después de la derrota alemana. Apenas ha habido un paladín más denodado contra las raciones de hambre, los demontajes y las demás medidas punitivas de los vencedores en la Alemania de la postguerra, inspiradas en el espíritu del plan Morgen-

thau. "Nuestro único aliado en esta lucha es el derecho" —dijo en aquellos días, pero la conciencia de tener a su lado este aliado dió a su conducta aquella dignidad y a sus argumentos aquella fuerza persuasiva que convencieron por fin a los vencedores de que la injusticia del pasado no debe expiarse con una nueva injusticia.

El objetivo ya antes proclamado de su política fué el de incorporar a la República Federal de Alemania como miembro con igualdad de derechos a los pueblos democráticos del Oeste. Y también aquí, tanto en la concepción como en la realización del plan, es evidente el pensamiento cristiano de Adenauer. Porque, en último extremo, esa opción por el Occidente no se funda en razones oportunistas, como la elección de los aliados más fuertes, sino que se desprendía casi necesariamente del sentimiento de la íntima solidaridad con el Occidente cristiano y la repudiación de un materialismo que no reconoce al hombre más que en su significación funcional para el Estado y la Sociedad y que, por lo tanto, niega los fundamentos del cristianismo, la personalidad libre creada por Dios, en su valor y en su dignidad.

Firmeza del curso político

Pero como precisamente para Adenauer el reconocimiento de la libre personalidad es el principio fundamental de su política, la política exterior alemana, cuyo curso dirige en lo esencial él solo desde 1949, lleva su sello personalísimo. Para él lo primordial es ganar confianza y en un mundo que parecía dominado por el demonismo de fuerzas y de intereses anónimos volvió a dar valor a los valores morales de la lealtad, de la paciencia y de la fraternidad, incluso en las relaciones de las naciones entre sí. Adenauer predicó a su pueblo moderación del egoísmo nacional y procuró siempre pensar también con la mentalidad del otro y despertar en el pueblo alemán comprensión para la justificación, por ejemplo, de los deseos de seguridad de Francia.

Pero la suprema instancia fué siempre para él la conciencia y nada caracteriza mejor al político cristiano Adenauer que la rotunda negativa a imponer en su partido, la C.D.U., la obligación de voto de la fracción en las decisiones importantes porque, según sus propias palabras, esa obligación sería incompatible con la libre decisión de la conciencia.

El destino de todo estadista es dejar incompleta su obra. Esto se da singularmente en Adenauer. Por lo que hasta ahora se puede juzgar no dejará un sucesor digno de él ni ningún programa político con firmes directivas para el futuro. Porque —y también esto responde a una convicción cristiana— no hay en este mundo terrenal ningún dogma político.

El Canciller conoce perfectamente esta situación y, por eso, al final de su Biografía autorizada (recientemente publicada en la Kindler-Verlag, Munich) manifestó la esperanza de que "los mejores de la juventud recogiesen la antorcha y la transmitiesen cuando se caiga de sus manos". Quizás en este día memorable del 80 cumpleaños debiera desearse algo más y es que las fuerzas fundamentales que formaron este gran destino sean recogidas por cada uno de nosotros como fuerzas normativas de la propia vida. Entonces no tendríamos que temer por el futuro de nuestro pueblo.

Bonn, (Alemania).